

“Retrato de escritor”

Ángel Pardo

El hombre creador

Ediciones Colegio de España, París, 2015

(...) Fue un vagabundo de días interminables en la calle, largos paseos y tertulia de café, de trato humano y constante. Se levantaba tarde y salía sin dirección, a ninguna parte, a estar ahí, en la plaza pública, en ese lugar natural suyo. Recorría a diario las mismas calles, de la casa al quiosco a comprar tabaco y cerillas y de ahí al café; del café a casa de la madre al otro lado del río, y de allí a pasear con un amigo o de vuelta a la tertulia. Llegaba a casa de madrugada, con el día apurado, y sólo entonces escribía. Era un hombre común, humilde, de voz baja y andar lento, vestido con ropas oscuras y neutras, con una vida rutinaria de días iguales y reclamado de continuo por la calle, por la realidad, hechizado por el trato con los otros. No sale para ir a tal sitio, sino que está ahí, hace su vida entera en ese lugar suyo entre las cosas, como olvidado de la escritura. Pero es de ese trato constante, limpio y gustoso con la realidad, de esa insistencia en los otros, de donde nace precisamente la escritura.

En la primera juventud consideró escribir ensayos, pero enseguida comprendió que lo natural cuando se ha vivido son las obras de creación. “Es como un abrazo más hondo con la realidad”, dijo. Un abrazo pobre, de hombre común, de prójimo, de semejante. De ahí su insistencia, aun cuando la vida que tropiece en la calle aparezca velada e insuficiente. Porque la escritura no es un fin, sino un camino que le ha sido dado al hombre para por ahí, por esa senda desnuda y solitaria, ir a la vida. De hecho, de haber tomado todo ese camino primero, de no haber pretendido hacer otra cosa de la vida y reducirla a sociedad, a mundo, el escritor sería un hombre felizmente confundido con la realidad, inapreciable y sin escritura.

Y ocurre que ese trato voluntario, constante con el mundo, desgasta al hombre; sin embargo, la inocencia del creador Miguel Espinosa sigue milagrosamente viva hasta el final. Una tarde, en una conversación cotidiana con sus amigos, dijo algo que aclara este creador de ese niño nos hiere a todos, pero no al creador de ese niño, que por haberlo

creado con ese dolor también, puede comprender y amar su ser completo sin sufrir. Así vive la realidad el escritor, como un extenso misterio, y así ve a los otros, criaturas imperfectas e incompletas pero sagradas. De ahí la sensación extraña y consoladora, de hondo sosiego al leer textos tan duros e implacables. Porque el escritor, aunque parezca condenar, salva; no a ese hombre del que se ocupa en particular, sino la realidad entera, la vida con todo, con la luz y también con el error.

**

Ningún trabajo le convenció, ninguno fue suyo. Se trataba de pagar el precio de la vida entregando lo mínimo de un tiempo que pertenecía a otra tarea.

**

Conoció a Teresa Artero en el paseo del Malecón. Era una mujer guapa y sencilla. Se cruzaron paseando, y el escritor se acercó y le habló, pero ella apenas le hizo caso. Entonces empezó a escribirle cartas, y acabó convenciéndola. Su noviazgo duró cinco años. Paseaban, iban por las tardes al Santos, se encontraban con amigos y hacían planes modestos. Se casaron en 1951, en una boda pobre y alegre, y enseguida nacieron los hijos, Juan y Maravillas. Vivieron diez años en pensiones, en distintos pisos de alquiler, en una mudanza constante. Conocieron la pobreza. Pero no protestaron ni cayeron en la amargura. Hacían cuentas, administraban la nada que había, se ayudaban. Teresa lo veía leer, escribir de madrugada y perder trabajos de día, pero no se quejaba. Cuidaba a los hijos, los vestía con lo que había, les cosía la ropa, los peinaba, y al tiempo, discretamente, favorecía su destino de escritor, que sabía irremediable. En su vida accidentada y pobre había amor, conformidad y decencia.

Sin embargo, en 1954, apareció Mercedes Rodríguez. Vio al escritor en una mesa del café Santos, se acercó y le pidió que le leyera lo que escribía. “Si hay talento, talento-

talento, es usted el hombre de mi vida”, le dijo. El encuentro, tan singular, define enteramente su historia. Ella encuentra un escritor y acoge su destino como propio. Su relación nace de la escritura, y esa es su sustancia.

Desde entonces, Teresa Artero tuvo que ceder para sostener la familia y fue convirtiéndose, poco a poco, en algo semejante a la madre del escritor, una madre firme pero generosa y entregada, algo seducida por el hijo al que se lo acaba perdonando todo. Sufrió, pero ese dolor fue sólo suyo, secreto, silencioso y dignísimo, casi sagrado. Se recogió en una vida sencilla, en su amor a los hijos y en una renuncia pacífica y luminosa, y lo vio hacer su obra en su cuarto, al lado de ella, de madrugada, sin añadir nada. Eran libros duros, dedicados a otra mujer, pero no hizo nada por impedirlos. Respetó su destino de escritor, su ser completo, y cuidó de él, lo atendió y lo protegió con ternura, con piedad, llevada de una íntima comprensión. Se reservó sólo la promesa de no leerlo. Pero sabía que esos libros no se hacían en el mundo, ni en contra de ella, ni tampoco a favor de Mercedes, sino en otra parte.

Tuvo una historia difícil, triste, que ella vivió, sin embargo, con honda conformidad. Pasó el tiempo sin hacer ruido, sin queja, entregándolo todo. Cuando murió el escritor, fue a vivir con su hija Maravillas, y allí envejeció, en un pequeño apartamento dentro de la casa, dentro y aparte hasta el final, en su secreto, acompañada y sola, como siempre.

En toda la obra de Miguel Espinosa aparece una sola vez. Es la madre de Lamuro, el tapicero reflexivo, en *Escuela de mandarines*. Le sobrevivió mucho tiempo y acogió la edición de esas obras, su tardío reconocimiento, con alegría y nostalgia. Al final de su vida, sus nietas descubrieron en su mesilla de noche, escondidos, todos esos libros. Tenía ochenta años y estaba leyéndolo en su secreto, rompiendo, antes de morir, su vieja promesa. Hacía, acaso, el último intento por comprender al hombre que había vivido a su lado, por penetrar un misterio que la contenía enteramente. Su hijo Juan iba en un tren de cercanías cada domingo a pasar el día con ella. Se sentaban en la salita de su apartamento y hablaban, se hacían la comida, se contaban las cosas de la semana o permanecían un rato en silencio, recordando, mientras atardecía. En los días de verano, por la mañana, muy temprano, antes de que subiera el sol, salían del apartamento y cogidos del brazo, muy despacio, daban vueltas a un viejo jardín.

**

A Mercedes Rodríguez está destinada la obra entera de Miguel Espinosa, de la que es inspiración y personaje. Su correspondencia cruzada, continua, ininterrumpida, es una obra más, y es un testimonio limpio de sus vidas. Ella era su lectora fiel, convencida; le ofrece desde el primer encuentro una fe completa en su destino de escritor. Desaparecido él, en la ancianidad, confesó: “He tenido a lo largo de mi vida, escasamente dichosa, un largo momento de luz: mi relación con Miguel Espinosa. Los dos estuvimos unidos por la misma fatalidad: lo que a él le impelía a escribir era tan fuerte como lo que obligó a mi conciencia, cuando fue mostrándome su vida, a predicar y auspiciar cuanto me fuera revelado”.

Se encontraron muy jóvenes, pero era tarde. Él siguió con su familia y ella formó la suya, pero o quisieron renunciar a su destino.

**

No es un hombre elegido, aparte, un escritor encerrado con el saber acumulado, con la cultura, con el privilegio de la escritura. Es un hombre común de vida oscura y gris mezclado con todo, parte inseparable de la realidad pequeña pero sagrada de su ciudad de provincia, acostumbrado, como el loco Pedrosa, a acompañar a cualquiera que tropieza hasta su portal, a sumarse gustosa, desinteresadamente, a la vida de todos. Ese Pedrosa loco e inactual que vive en la calle y acompaña a uno hasta la puerta de su casa y se reengancha con otro, sin viaje propio, sin decisión, sin oficio, que “carece de historia” y de casa, sin personalidad, esperando y dejando a la realidad ser, y diciendo “vaya, vaya” al que tiene prisa, y “eso digo yo” cuando le hablan de la importancia de sus amigos, ese siervo conforme y alegre de la realidad, acompañante dichoso suyo, es Miguel Espinosa.

El escritor es un igual, un prójimo de todo lo real, y va a las cosas desde esa naturaleza compartida. Está ahí, vive ahí, porque él mismo es pura, limpia, noble realidad. Sorprende su relación constante, cotidiana, con un mundo que critica de forma implacable, durísima, en sus libros. Y es porque se trata de una crítica implacable pero piadosa, no hecha desde ninguna superioridad intelectual o moral, sino desde una hermandad de prójimo, desde una fe radical en el alma de esa realidad. Es el empeño del hombre creyente, pobre, desnudo, sin nada más que palabras, el empeño de Godínez, Lanosa o Daniel por devolver la realidad a su desnudez primera, por liberarla de todo eso que no es suyo y se ha echado encima.

Porque lo que quiere el escritor no es añadir escritura a la realidad, enriquecerla, decorarla de esa manera, sino quitarle, despojarle en la escritura de todo lo que la historia, la sociedad ha ido poniéndole encima innecesariamente. Por eso, no se reserva egoístamente para la escritura, sino que se da entero, sin reserva, egoístamente, para la escritura, sino que se da entero, sin reservas ni precauciones, a la realidad. El escritor no es el hombre destinado a la escritura, sino a la vida, a ser su semejante desnudez, en pobreza, en la fidelidad al origen compartido. La obra entera, la vida entera de Miguel Espinosa es una apelación, una llamada al hombre a ese lugar primero suyo eludido, sin logros, donde la palabra, ese poco, esa pobreza nuestra, sagrada, dice lo que somos. Su escritura es el camino de regreso al origen, a un encuentro limpio y claro en un mundo sin velos, transparente.

No había siquiera un lugar aparte para la escritura, dispuesto así. Dormía solo en un cuartito junto a la sala de estar. Dormía seis, siete horas, desde las cuatro o cinco de la madrugada hasta las diez o las once. Su cama era estrecha, de adolescente, y tenía una mesilla al lado con un cenicero y un vaso. Si no estaba obligado por el trabajo o tenía que coger un tren, no ponía despertador. Desayunaba un café en la sala de estar mientras hacía una llamada o resolvía alguna historia del trabajo. Después se afeitaba tranquilo, se ponía ropa limpia y salía a la calle a respirar aire libre, a estirar las piernas y a buscar a los amigos. El día se improvisaba, se hacía solo, pero al final todos acababan siendo iguales. Le buscaba su rato al paseo, a la supervivencia, a la tertulia, y a la visita a la madre, al café, al trato con los hijos, y así se iba haciendo la larga jornada, que parecía una vida entera. Escribía en cualquier momento, en la calle, en su cuarto o en la sala de estar. Y no había que cuidar el silencio para él ni evitar interrumpir. No había un escritor en la casa. Se trataba de un hijo algo díscolo, callejero, trasnochador, que le

había salido a Teresa Artero, un compañero de juegos de los hijos a quien nunca encontraron ocupado, ni concentrado, ni abrumado por nada. Escribía con ellos en las rodillas y les hacía dibujos en los manuscritos.

Tenía pocos libros, los que podía leer, los que releía, no más. Había comprado la mayoría en la primera juventud y después, cuando pudo, casi nunca, fue añadiendo alguno o recuperando los que había tenido que malvender. Iba a la librería, que le pillaba de paso, y miraba los libros, pero enseguida se desentendía y acababa haciendo tertulia apoyado en una mesa con quien le acompañase, o hablando con el librero, que era su amigo. Luego su hijo Juan fue creciendo y la biblioteca se enriqueció con sus aportaciones. De noche se reunían en la sala y jugaban a recomendarse títulos. Había leído siempre así, por gusto, por querencia, sin una intención de formarse, sin sistema. Releía a Cervantes “para coger estilo”, decía, el estilo ausente de Cervantes, la claridad, la milagrosa transparencia suya. Leía en el café, si no había con quien hablar, y de noche, en la cama, antes de dormir, con un capítulo recién hecho sobre la mesa. Anotaba cosas al margen, le hacía la objeción al libro, le respondía. Y se dejaba aconsejar por el hijo y por los amigos. En sus conversaciones, en sus largos paseos, en las cartas, están los libros, como están las cosas de la ciudad, los asuntos del trabajo, las mujeres, los amigos, todo llegado a un mismo lugar. La lectura no ocupó nunca un lugar principal, pero tampoco secundario, y lo mismo podría decirse de la escritura, y de todo lo demás.

Y es que el escritor acepta como un don, como un alto destino la escritura, pero no lo vemos engolfado en ella como un virtuoso, como un profesional, sino lejos, llevándola consigo a otro sitio, aireándola continuamente, liberándola, sacándola del encierro del estudio, del hacer afanoso, a la plaza pública, a su sitio entre las cosas. El libro le acompaña, como sus hijos y sus amigos. Son textos vivos, inacabables, siempre a medio hacer, participados por muchos, leídos y corregidos en voz alta en los cafés. La escritura de Miguel Espinosa se hace entre todos, y los manuscritos van de mano en mano sin autoría. Y cuando tropieza al vecino en la escalera un día le pregunta por sus cosas, y otro lo lleva a su cuarto y le lee el último capítulo que ha escrito.

**

En junio de ese mismo año (1974), el escritor sufre un primer infarto. Su padre había muerto de esa manera y comprendió que le faltaría tiempo. Durante unos meses sustituyó el café por el té, intentando fumar menos, moderó los horarios y alargó los paseos. Pero enseguida un cambio más hondo intensificó su dedicación a la escritura. Del aplazamiento constante, de la generosa despreocupación por concluir y entregar, de la vida sub specie aeternitatis, fue a una conciencia clara del tiempo, de su condición de “enemigo que nos arrebató, instante a instante, la existencia”. La escritura llega como siempre, con su lentitud natural, pero la atención del escritor se concentra en los últimos años de su vida. Es el momento de dejar todo eso que ha hecho con verdad para que no desaparezca. Son años de escritura y recapitulación. Cuando los hijos lo descubren otra vez fumando, bebiendo café y trasnochando, tratan de corregirle, y él responde: “Tengo que hacer mi obra”.

Juan y Maravillas han crecido, y la relación con ellos es constante. El escritor es un padre algo olvidado de su papel, atento y bondadoso, que ha tratado a los hijos como iguales desde la infancia, sin solemnidad, sin rito, confiando la educación a la vida compartida. Los ha llevado con él a todas partes, implicándolos en su vida, y su relación ha crecido fluida y naturalísima. Miguel Espinosa es, a estas alturas, un hombre sólido, hecho en soledad, en la adversidad, con una convicción que lo sostiene, pero algo cansado tras una vida entera a la intemperie. Juan, su hijo, consciente de esa fragilidad, empieza a protegerlo, haciendo de padre de un padre que, atraído fatalmente por las cosas, se expone en exceso. Va cada noche a su cuarto con un vaso de leche, lo lleva a andar, le quita el café y el tabaco y cuida sus horarios. Sabe que el trato diario y la observación constante, obsesiva, de un mundo mal hecho, no puede no tener un coste. Cuando suceden los hechos descritos en *Tribada* y el escritor empieza a hacer de ese suceso un asunto público, implicando a todos, Juan le aconseja, como un padre, que se recoja, que sea prudente. El día que muere Miguel Espinosa, el hijo se había ofrecido para sustituirle en la asamblea. El escritor le dijo: “No, hijo, a ti te comerían”, y le preguntó: “¿Es que yo no sé defenderme?”

Juan Espinosa aprendió de la vida y de la muerte del padre, de su sacrificio, y tras su desaparición se recogió en su modesto apartamento, en una vida silenciosa, austera y

despojada. Hombre oculto al mundo como Daniel en *Tribada*, Juan, a diferencia del padre, se mantuvo lejos de la calle, sin trato apenas con los otros, en silencio, recogido en la casa propia, conforme con las tres cosas que había escogido, quieto y ausente, recordando.

**

El 1 de abril de 1982 Miguel Espinosa fue a una asamblea de ganaderos a hablar, a defenderse de un ataque y murió allí solo, entre gente ajena, aún en la lucha por sobrevivir, con cincuenta y cinco años, lejos de sus hijos y sus amigos, en mitad del mundo. Cayó al suelo por un segundo infarto. Avisaron a la familia, a los amigos reunidos como cada tarde en el café, esperándolo, y se encontraron en un hospital a las afueras de la ciudad. Lo velaron toda la noche, y a la mañana siguiente fueron a Madrid, donde incineraron su cuerpo. Su hijo Juan apretó entre sus manos, de regreso a Murcia, la urna que contenía sus cenizas.